



GEORG SIMMEL, *El secreto y las sociedades secretas*, introducción de Daniel Mundo, traducción de Javier Eraso Cevallos, Sequitur, Madrid, 2010, 123 pp. ISBN 978-84-95363-73-2.

HAY clásicos que a veces caen en el olvido, pero que se resisten a convertirse en un mero capítulo de los manuales de su disciplina: el caso del sociólogo Georg Simmel y su obra es paradigmático a este respecto. Su obra ha sido objeto de un interés fluctuante en nuestro país, como lo demuestra la historia editorial de sus obras: su obra maestra, *Sociología*, fue publicada en los años 20 del siglo pasado por Revista de Occidente y luego vuelta a editar en los 80 por Alianza Editorial, aunque agotada hace ya algunos años tanto en su versión castellana como en la catalana de Edicions 62. No obstante, llama la atención la presencia de textos breves y artículos de temas diversos, desde estética hasta sociología urbana, pasando por textos sobre historia de la filosofía (muy recomendables sus lecciones sobre Kant, Schopenhauer y Nietzsche). El texto editado por Sequitur y que aquí se reseña es muestra de ello, pues responde a un capítulo de esa extensa obra que es la *Sociología*, pero tiene la entidad y autonomía suficientes como para publicarse por separado. Sólo cabe esperar que en un futuro próximo se recupere la obra de Simmel en su integridad, sin parcelaciones.

El caso de Simmel como intelectual es bien peculiar: berlinés de origen judío, nunca logró estabilidad en la academia alemana, pese a la popularidad de sus clases y la originalidad de su pensamiento, que llegó a influir en gente tan dispar como Lukács, Heidegger y Bloch. Sólo al final de su vida consiguió una plaza estable en Estrasburgo, a la sazón territorio alemán. Junto con Weber y Ferdinand Tönnies, fundó la Asociación Alemana de Sociología, y se le suele considerar uno de los padres fundadores de esta disciplina con Durkheim, Marx, Pareto y el ya mencionado Weber. Si algo caracteriza a la sociología simmeliana es su atención a los detalles, su finura extrema en el análisis de los fenómenos cotidianos, una sensibilidad que confiere sentido, valor y densidad semiótica a aspectos que nos pueden pasar por alto fácilmente, sean éstos algo tan cotidiano como los modales de mesa o la relevancia simbólica de la puerta como solución arquitectónica. Sin embargo, su sociología está íntimamente ligada a una filosofía de la cultura, esto es, a un análisis crítico de las esferas culturales de nuestras sociedades modernas fundamentado en una reinterpretación de los clásicos de la filosofía alemana.

Por lo que respecta a este texto sobre el secreto y las sociedades secretas, la intención de Simmel es mostrar cómo precisamente la ocultación de una información, el secreto, también forma parte del proceso mediante el cual los individuos nos incorporamos y participamos en un grupo social. La socialización, así entendida, no sólo se basaría en el hecho de compartir un conocimiento considerado como “sentido común” de una sociedad o en hacer patente un conocimiento sobre los otros, sino también en su reverso, a saber, en la asunción de un conocimiento tácito cuya explicitación supondría la disolución del vínculo social. Así, pues, Simmel parte del supuesto básico de toda relación social, un conocimiento mutuo por parte de los individuos implicados, para gradualmente



poner de manifiesto los límites y la dialéctica entre conocimiento y secreto en las relaciones sociales.

Nuestras relaciones con los otros, las interacciones sociales que mantenemos con ellos, se basan en el conocimiento que tenemos de nuestros *partenaires*, pero ¿hasta qué punto es relevante el valor de verdad de ese conocimiento social o psicológico sobre los otros? Las creencias de este tipo, nos recuerda Simmel, disfrutan de un curioso estatuto epistémico. Su valor de verdad es secundario, dos individuos pueden tener imágenes bien distintas de un conocido común, pero sus acciones se modularán de acuerdo con sus representaciones particulares, de tal modo que tales representaciones tienen un valor performativo; es decir, tenderán a crear la realidad que representan. Forzarán los hechos para ajustarse a esa creencia previa, a ese prejuicio. Ahora bien, ¿qué puede hacer un individuo respecto a estas representaciones de los otros? Aquí entra en juego el tema del secreto, de la discreción, del mantener oculta parte de su personalidad o de sus relaciones, fenómeno que distingue Simmel de la mera mentira: la mentira no es tan sólo ocultación, sino ofrecimiento de una representación falsa que vela lo que el individuo piensa en su fuero interno, siendo esto último lo que la desmarca del mero error (una representación falsa sin más). El secreto no ofrece ningún sucedáneo alternativo, se mantiene en silencio lo que no se quiere hacer público.

En esta línea, Simmel se detiene a analizar de qué modo los factores de socialización como la cooperación, la confianza o la armonía necesitan de sus contrarios para avanzar y hacer posibles los vínculos sociales. Según este argumento, la mentira y el secreto son necesarios en las relaciones interpersonales: la sociedad está repleta de situaciones en las que actuamos como si no supiéramos algo del otro individuo, y éste acepta nuestra conducta discreta, pese a ser consciente de que sabemos algo sobre él que podría ser comprometedor. La indiferencia hacia ciertas conductas y la discreción serían factores de socialización tan importantes como la concordia o la solidaridad. De hecho, mantener en secreto parte de lo que sabemos sobre los demás o sobre nosotros mismos es una condición sin la que difícilmente se puede sostener lazos de amistad o de amor. A este respecto, Simmel aplica su lente de aumento para poner de manifiesto la relevancia del secreto en este tipo de relaciones, que en parte existen en tanto que hay algo del otro que no se revela fácilmente. Es más, el secreto generaría un atractivo hacia el que oculta, como un adorno que lo embellece. Lo secreto atrae, lo manifestado desencanta: en relación con esto Simmel le dedica una digresión de unas páginas sin desperdicio al adorno como objeto cultural. En último término, se trata del secreto como una forma de socialización que se da en la vida social y que muestra su sentido no sólo en relaciones individuales, sino también en las instituciones públicas.

En relación con esto último, pese a que las sociedades democráticas liberales se caracterizan por la exigencia de transparencia, ellas mismas sólo habrían sido posibles históricamente gracias a la difusión secreta, en algún momento de su formación, de las ideas-fuerza que las sustentan. Pero más allá del aspecto genético, el secreto también tendría una relevancia estructural: de hecho, la democracia parece sustentarse en aspectos netamente secretos, como el voto de cada individuo, el respeto por el ámbito privado de cada uno de los ciudadanos o las informaciones sensibles que obran en poder de gobiernos y ministerios.

No obstante, el secreto puede también generar cierto tipo de sociedades específicas, las sociedades secretas, invisibles socialmente. Para Simmel las sociedades secretas florecen en situaciones de cambio social en las que el poder del Estado ve amenazada su estabilidad y se genera un caldo de cultivo de ideas emergentes; el ejemplo que propone Simmel es la Ilustración y las sociedades secretas que incubaron ideas que sólo más tarde pudieron ver la



luz una vez maduras. Ahora bien, esta función compensatoria y de incubación de ideas requeriría de las sociedades secretas la adopción de mecanismos de funcionamiento similares a los de las instituciones públicas a las que se ofrecen como alternativa. Esta paradoja se expresa en el hecho que la defensa de las libertades individuales en las sociedades secretas está estrechamente ligada a una fuerte reglamentación ritual que marca la diferencia entre sus miembros y los no-miembros. En este sentido, las sociedades secretas tienen que encontrar medios de gestión distintos a los públicos, por ejemplo la documentación escrita; Simmel dedica un lúcido excursus a la escritura como fenómeno sociológico de publicación y sanción de un código o de transmisión de información en el seno de una sociedad. Para compensar estas dificultades las sociedades secretas potenciarían la centralización de la organización, el desconocimiento mutuo de los miembros de la sociedad (puestos en contacto sólo por la cúpula), rituales de paso homogéneos, etc.

En el caso de las sociedades secretas la cohesión se lograría mediante exclusión del medio social. Pese a su carácter secundario en la socialización de la mayoría de individuos, estas sociedades pondrían de relieve la importancia del secreto en la socialización general de los individuos, aunque a niveles menos formales y reglamentados. De este modo, el secreto como tal no sería más que otra forma de socialización, otro factor que considerar en el estudio de las relaciones sociales, por muy paradójico que pueda parecer afirmar la importancia de lo secreto para la incorporación a un medio social. En última instancia el secreto es consustancial a cualquier vínculo social; siempre puede haber información no compartida, no revelada, por los motivos que sea, y que hace posible la interacción. Sin embargo, ello no quiere decir que sea algo censurable: el secreto, en sentido sociológico, no tiene que ser necesariamente objeto de censura moral (puede que no tenga ninguna mala intención y puede que no tenga ninguna consecuencia negativa, más bien todo lo contrario). En este punto se revela la herencia nietzscheana de la sociología de Simmel: el secreto ha sido considerado como “malo” al ensalzarse como “bueno” el imperativo democrático de la transparencia y la publicidad. Pero no sólo en este punto emerge la sombra de Nietzsche. También utiliza Simmel el concepto de voluntad de poder en varios lugares del texto, lo cual, más allá de lo que con tal concepto quiera señalar, es ante todo síntoma de la importancia de Nietzsche en la primera sociología alemana.

En conclusión, este librito supone una bella muestra de la sociología de Simmel, cuya vigencia cabe tener en cuenta por las potencialidades que encierra tanto a nivel metodológico y literario como por la clarividencia de la mayor parte de sus tesis sobre nuestra vida social. Sólo cabe esperar una apuesta mayor por su obra, sin tener que parcelarla, y animar a un cuidado más atento de los textos. Pese al buen hacer de la editorial, que ha incluido una introducción bastante sugerente de Daniel Mundo, se han escapado algunas erratas que pueden llevar a algún malentendido, pero que no oscurecen ni la muy correcta tarea del traductor Javier Eraso ni la de la editorial. La colección de textos en la que se incluye éste de Simmel es una muestra de la apuesta de Sequitur y un ejemplo a tener en cuenta.

Juan David Mateu Alonso